

SOBRE
LOS LIBROS IRRELIGIOSOS.

Sermo eorum serpit ut cancer.

Los discursos impíos son como una
gangrena que extiende insensible-
mente su corrupcion.

HAY un mal que despues de haber atormentado la generacion presente, podria aun causar la ruina total de las generaciones futuras: un mal que habiéndose propagado desde la capital á las provincias á modo de un contagio, ha llegado á inficionar los campos no ménos que las ciudades, y las clases mas oscuras lo mismo que las mas elevadas; un mal en fin tan extendido y arraigado, que parece incurable, y para el cual, si no se quiere que todo perezca, costumbres, leyes, instituciones, y hasta la Monarquía, es preciso buscar algun remedio, ya sea para extirparle, ó ya á lo ménos para dis-

minuir sus estragos: hablo, señores, de la circulacion cada dia mayor de una multitud de libros contra la religion. Tan espantoso desórden ha excitado ya el celo de un elocuente obispo, que durante cincuenta años de su carrera oratoria ha dado tantos y tan gloriosos combates á la impiedad de su siglo; y aunque sola esta consideracion acaso hubiera debido obligarnos á guardar silencio, hemos pensado que nunca debe haber descanso en combatir un mal que no cesa de reproducirse bajo de mil formas diferentes; y que el destino de todo ministro de la religion es defenderla en proporcion de sus fuerzas y de su talento. ¿Y deberia tampoco á vista de semejante escándalo permanecer muda esta cátedra, despues de haber sido ilustrada por los Bossuet, y los Massillon?

Esta es, señores, la vez primera que impugno directamente en un discurso particular las producciones literarias de la impiedad moderna. Lo he creido un deber ya para con la religion, cuyo especial defensor me he constituido entre vosotros por vocacion y por eleccion: ya para con mi patria, cuya ruina tengo por inevitable si llegase á extinguirse en ella el cristianismo, y ya en fin para con este auditorio que acaso tenga derecho á esperar de mí que en la

nueva situación en que me ha colocado la Providencia (1) combata con mas energía que nunca los enemigos del altar y del trono.

Es tal en el día la licencia de los entendimientos, tal la costumbre de pensar, de hablar y de obrar sin regla ni freno, y por consiguiente de componer, de leer, de esparcir y de conservar las producciones mas criminales, que mi celo acaso parecerá una cosa en cierto modo extraña, ó á lo ménos muy distante de la tolerancia ilimitada de que se gloria el siglo presente. ¡Cuántas ilusiones tengo que disipar ya en los que prostituyen su talento y sus vigiliás á esas obras de iniquidad, ya en los que las propagan con el mas deplorable resultado, ó ya últimamente en los que hacen de ellas el alimento de sus almas, con el ansia mas insaciable! Al declamar contra los libros irreligiosos tengo, lo confieso, la triste certidumbre de que mi voz no será mas que un débil dique contra el torrente devastador. ¡Qué pueden en efecto todos mis esfuerzos para romper las plumas impías ó las prensas que se hacen sus cómplices? Pero no importa; no por eso ha de enmudecer la religion ante la atrevida impiedad, ni retroceder el ora-

[1] En 1821.

dor evangélico ante el sofista presuntuoso: á lo ménos excitaremos el celo de los padres de familia, de los preceptores públicos y particulares, y daremos un saludable aviso á la imprudente juventud, y no enteramente en vano resonarán nuestras palabras en este recinto, no: aun no estan cerrados á la verdad todos los corazones.

Aunque confio, señores, que me perdonaréis que use en este discurso de toda la libertad de mi ministerio, yo no me perdonaria á mí mismo usar en él de la licencia de un declamador: por lo tanto mis palabras no tendrán acrimonia; pero si la religion ultrajada no exige que se la venga con insultos ni con personalidades, tampoco reconoce por defensores suyos á esas almas tímidas que tiemblan ante sus enemigos, y cuyas pusilánimes condescendencias se parecen á la complicidad.

¡Qué se debe pensar de los autores de libros contra la religion? ¡Qué de sus propagadores? ¡Qué de sus lectores? Estas tres cuestiones serán el asunto de esta conferencia.

Si yo pusiese en una misma clase á todos los escritores enemigos de la religion cristiana, y á todos los declarase igualmente culpables para envolver á todos en un mismo anatema, se me

podria tachar de exagerado é injusto. Conozco que en efecto no se debe confundir á los que reconocen algunas verdades sagradas con los que ninguna respetan, ni á los que solo conmueven algunas columnas del edificio con los que minan sus cimientos, voy pues por lo tanto á dividirlos en dos clases. Hay escritores que no conociendo otro Dios que la naturaleza, y no viendo en el hombre mas que sus órganos, en la vida futura mas que una quimera, y solo una invencion humana en el bien y el mal, destierran y destruyen con sus principios todo sentimiento piadoso hácia la Divinidad: á estos daré el nombre general de impíos. Hay otros que mirando acaso el cristianismo como una institucion útil, no ven sin embargo en él la obra de la Divinidad; no creen en la mision divina de Jesucristo, ni admiten la revelacion: á estos llamaré simplemente incrédulos. Examinemos hasta qué punto son culpables así unos como otros.

Compareced primeramente, escritores impíos: yo os cito ante el tribunal del género humano; en él se os despojará de la pompa de vuestros sofismas, y del esplendor de vuestras brillantes frases, y en él os presentaréis sin el ruidoso séquito de vuestros discípulos seducidos

ó corrompidos, y cargados solo con el peso de vuestras doctrinas cuya deformidad voy á patentizar. No examinaré vuestra vida privada; yo no trato de saber si la licencia y el desfreno de vuestro entendimiento no ha tenido su origen en el de vuestro corazon: tampoco os pediré cuenta de vuestros sentimientos impíos ínterin han estado encerrados en vuestro corazon: solamente os acusaré de su manifestacion pública, y de haber cometido en ella el mayor de todos los crímenes.

Para que quedeis tan convencidos de esta verdad como lo estoy yo mismo, comparemos por un momento el crimen de los escritores impíos con los de esos hombres á quienes persigue y castiga la justicia humana. Es culpable sin duda ante la ley el que toma el bien ajeno; pero cuánto mas aun debe serlo el escritor impío! Aquel podrá en cierto modo haberse visto obligado por la miseria, por el hambre, ó los lamentos de una esposa y de unos hijos moribundos; pero el escritor impío sin necesidad ni utilidad y sin ninguna excusa aparente predica, publica, y se regocija de ver hacerse populares esas doctrinas que rompiendo el freno de la religion embotan el aguijon de los remordimientos, debilitan el horror al crimen, y conspiran

de este modo á hacer mas comunes, y aun a justificar todos los robos, y todas las injusticias. Mas culpable todavía es aquel que se atreve á atentar contra la vida de su semejante; pero aun es mas horrendo el crimen del escritor impío: aquel arrebatado un solo individuo, hace una sola víctima; y quizá consume el delito arrastrado por el furor de una venganza provocada por un ultraje; pero este se ocupa años enteros con toda la calma del estudio y de la reflexion en meditar á sangre fria una obra contra esas primeras verdades que todos los pueblos han mirado como sagradas; emplea toda su ciencia y todo su talento en hermohear, si es posible, el horroroso ateismo, y por medio de sistemas que desenfrenan todas las pasiones, y las hacen mas atrevidas y audaces para el mal, deposita á ciencia cierta en el cuerpo social gérmenes de ruina y de muerte, y de este modo mata en cuanto está á su alcance no á un solo miembro de la sociedad sino á la sociedad entera. Cometeria indudablemente un crimen mucho mas atroz el que envenenando los alimentos de toda una familia arrojase al mismo sepulcro y en un solo dia al padre, á la madre, á los hijos y á los criados; mas tan execrable delito tendria á lo ménos algunos limites: pero el escritor im-

pío esparce en ciudades y en provincias enteras un tósigo que corrompe las almas y seca la virtud hasta en sus mismas raices. Por último los delitos de los malhechores comunes son pasajeros, y mueren con ellos; pero el del escritor impío extiende sus estragos á todos paises, y á todos tiempos; su impiedad le sobrevive, se propaga y perpetúa aun despues de su muerte, y traducidas quizá sus obras en diversas lenguas, infestan las naciones extranjeras y la posteridad. Si, señores, léjos de acabar con él su impiedad se hace universal, y en cierto modo inmortal; y el escritor impío es por lo tanto responsable de todos los excesos y de todos los crímenes que hagan cometer sus obras irreligiosas. ¡Ved aquí, escritores impíos, ved aquí los trofeos de vuestros sepulcros!

¿Querréis justificaros alegando que no habeis hecho mas que expresar vuestra opinión? Pero responded de buena fe: ¿estábais íntima y profundamente convencidos de que no existia Dios? ¿os decia vuestra conciencia que podíais estar tan firmes y tranquilos en vuestra impiedad como en todas aquellas verdades de que nadie duda? ¿os entregabais tranquilamente á la idea de que realmente los pueblos serian mas felices sin religion y sin Dios? Vosotros no ignorábais la

historia del género humano, ni la de esa multitud de ingenios inmortales que han brillado sobre la tierra, y que parecen haber sido colocados de distancia en distancia como fanales para iluminar las naciones y los siglos; vosotros conocíais mejor que nosotros, ya á esos hombres prodigiosos que han civilizado las ciudades y los pueblos, ya á esos entendimientos sublimes que desde Platon hasta Bossuet han escrito de tiempo en tiempo sobre el arte tan difícil de gobernar á los hombres, ya á esos sabios extraordinarios desde Galileo hasta Newton que han aparecido en nuestra Europa de tres siglos á esta parte, y á quienes veneramos aun como fundadores de las ciencias humanas, y ya en fin á esos admirables bienhechores de sus semejantes, como los Vicentes de Paul que han sido los ángeles consoladores de todas las miserias y de todos los infortunios: sabíais ciertamente que todos habian estado penetrados de sentimientos religiosos mas ó ménos puros, como manifiestan por todas partes sus escritos, sus leyes y sus instituciones, y no ignorábais que todos han pensado como ha dicho uno de ellos: *que era tan imposible fundar una sociedad sin religion, como fundar una ciudad en el aire:* todo esto lo sabíais, y sin embargo no habeis

temido luchar vosotros solos contra todo el género humano, ni perderos en las tinieblas desdennándoos de seguir las huellas luminosas de esa muchedumbre inmortal de ingenios creadores! No alegueis la fuerza de vuestros argumentos; esos argumentos fueron conocidos tan bien como por vosotros por los grandes hombres que acabo de citar; pero ellos supieron resolverlos, y vosotros no: á vosotros os han vencido dificultades de que ellos supieron triunfar, y habeis creido fortaleza de alma lo que en realidad no era en vosotros mas que debilidad. ¡Ah! no os avergonceis de confesar que al pensar en ese Dios de quien blasfemábais pero que existe, habeis experimentado mas de una vez terrores secretos; acaso al escribir vuestras líneas impías la pluma se habrá estremecido alguna vez en vuestra mano; y jamas, sí, jamas habeis podido tener mas que á lo sumo vagas incertidumbres. Y en medio de esas dudas ¿no os dictaba la recta razon deteneros en vuestra insensata carrera? Pero no, habeis resistido á la voz de la naturaleza humana y al grito de vuestro corazon, para arrojaros locamente á una monstruosa singularidad.

Diré á aquellos escritores, que respetando algunas verdades sagradas como las de un Dios, de una Providencia, de una vida futura, desco-

nocen é impugnan sin embargo en sus obras la religion cristiana: si á vuestros ojos y á los de la Divinidad son iguales, como decís, todas las religiones, ¿á qué ese encarnizamiento por destruir la que está establecida en vuestro país? Si como confesais no puede subsistir la sociedad sin religion, ¿por qué esa manía de querer arruinar la que hace catorce siglos es la religion de vuestra patria, la que ha llegado á ser como el patrimonio de todas las familias, la que civilizó á nuestros padres, y está tan íntimamente enlazada con todas sus instituciones? ¿No debíais temer connover el estado atacando la religion, ó habréis pensado que podríais darle otra nueva inventada por vosotros que fuese mas capaz de reprimir los vicios, mas consoladora y mas saludable? Si todos los pueblos civilizados han profesado como confesais una religion positiva con sus creencias, sus preceptos y su culto, ¿por qué os limitais á predicarnos algunas verdades especulativas sobre Dios y su providencia, despojándolas de todo lo que las hace sensibles, las mantiene presentes al entendimiento, y les da tanto imperio? ¿No veis cuanta fuerza dan á estas primeras verdades nuestros misterios, nuestras ceremonias, nuestros usos y nuestras prácticas religiosas, de tal modo que minar

el cristianismo es casi minar en la práctica la fe de esas mismas verdades que quereis conservar? ¿Qué importa que respeteis la moral evangélica, si la despojais de lo que es su apoyo, y asegura mejor su fiel observancia? Conced-pues que si el deísmo puede ser la opinion de algunos filósofos, jamas ha sido ni será la religion de la multitud, y que vuestro sistema de religion natural, aunque ménos repugnante en teoría, es casi tan estéril en virtudes, y tan funesto en sus consecuencias como la impiedad mas decidida.

Yo no me admiro de aquella expresion de Bossuet tantas veces citada, que el deísmo no es mas que un ateísmo disfrazado. Tampoco me admiro de que sobresaltados los prelados y los magistrados en el último siglo al ver aumentarse los progresos de la incredulidad, presagiasen los males que debian seguirse de ella, designando á los enemigos del cristianismo como enemigos del trono. Sus elocuentes reclamaciones eran un homenaje rendido á la verdad á la vista misma de sus enemigos ya demasiado poderosos: fueron, es cierto, inútiles; su voz profética no fué oída en el choque y tumulto de opiniones insensatas, y se ahogó á la manera que un ruido ligero se confunde en el estruendo

de la tempestad. Se continuó desconociendo todas las verdades, y erigiendo en sistemas todos los errores; y rompiendo los entendimientos todo freno, se sublevaron á un tiempo, cuando llegó la ocasion, todas las pasiones armadas de sofismas para justificar sus propios excesos: nada entónces se respetó de cuanto existia; se trastornó todo, y la sociedad se convirtió en un monton de ruinas. Si la irreligion no fué la única causa de esa grande calamidad que se ha llamado revolucion, á lo ménos le imprimió un carácter de perversidad y de destruccion que la distingue como una época única en los anales del mundo. ¡Escritores incrédulos, tal fué en parte vuestra obra; vosotros no quereis confundiros con esos escritores sin Dios ni religion; pero nosotros tenemos derecho á denunciaros como cómplices suyos!

Acabamos de ver lo que se debe pensar de los autores de libros contra la religion: veamos qué debe pensarse de sus propagadores, que es la segunda cuestion.

En nuestros dias se ha apoderado de los enemigos de la religion una espantosa emulacion: parece que se disputan y se envidian el triste honor de darle los golpes mas pérfidos y mortales; y ya que han dejado de perseguirla con

el puñal en la mano, aspiran á la horrible gloria de arruinarla en el ánimo de los pueblos, impugnando su doctrina, haciéndola odiosa y ridícula, y atrayendo sobre sus ministros un odio y un desprecio que al fin viene á recaer sobre ella misma. No es para ellos bastante que en cierta época haya sido proscrita y arrojada de sus templos, degollados sus discípulos y sus sacerdotes, y mezclada la sangre de sus ministros con la de sus reyes, como para hacer una libacion ante los altares de lo que llamaban la *razon*. Cansada ya la irreligion por el valor y la paciencia de las víctimas en aquel terrible combate, emplea hoy otras armas; llama á su socorro las artes, y las hace servir de instrumento á sus designios. El buril y el pincel auxilian las plumas de los escritores, y las prensas publican sus producciones, empleando métodos mas capaces de hacer mas prontos y universales los efectos de los libros irreligiosos. La impiedad no se limita ya á los escritos de sus apóstoles actuales, sino que hace revivir los de sus apóstoles del siglo pasado, y nada omite de cuanto puede hacerlos circular por toda la Francia con mayor rapidez y mejor éxito. Para qué no espante el número de volúmenes se han hecho compendios; en los que se ha procurado con

esmero extractar todo lo mas perverso, é impío: para evitar el inconveniente de que un precio alto retraiga un gran número de compradores, se ha hallado el medio de rebajarle y de hacerle cómodo á todos, empleando algunos métodos económicos; y para que no incomode la magnitud de los volúmenes, se han dado á las obras formas mas ligeras y mas fáciles de manejar. Si, señores, no solamente recorre la impiedad nuestras provincias por medio de los escritos, sino que se muestra á los habitantes de las aldeas lo mismo que á los de las ciudades, en estampas, en pinturas y en canciones, y de este modo habla á los ojos y al oido de la multitud ignorante en un lenguaje que su corazon entiende. Todos los que de un modo ú otro concurren á publicar, á vender, acreditar y extender los escritos contra la religion, son los que yo llamo sus propagadores. ¿Y será posible no acusar á todos de una complicidad criminal, aunque no todos sean igualmente culpables? ¿No podemos decirles á todos: mientras que las doctrinas impías no estan escritas mas que sobre el papel, al cual las ha confiado su autor, no son peligrosas mas que para él solo ó para un pequeño número de personas que pueden tener conocimiento de ellas, estan envueltas en las tinieblas, y apenas se

percibe su funesto influjo; pero vosotros sois los que les dais vida, vosotros los que las sacais á la luz pública, los que facilitais y extendéis sus estragos, y vosotros en fin los que de un fuego que hubiera permanecido oculto entre cenizas, ó que no hubiera consumido mas que una casa, haceis un grande incendio que devorará las ciudades y las provincias? ¿Qué profesion, señores, la de esparcir por todas partes cuanto puede inficionar las almas y los corazones, é introducir en las familias el vicio, la corrupcion y la discordia, introduciendo doctrinas que no pueden servir mas que para fomentarlas!

¿Y con qué se podrá cohonestar tan vituperable conducta? ¿Se dirá que en esto tienen su interes las artes y el comercio? Guardémonos de ver la gloria de las artes en lo que precisamente las deshonorra. Retratar la bella naturaleza, y aun hermosearla, procurar llegar hasta aquel grado de perfeccion indefinible de que tenemos un sentimiento confuso en nuestras almas, y que existe mas bien en nuestra inteligencia que en ningun objeto criado, este es el noble destino de las bellas artes, y cualquier otro las degrada. El escultor y el pintor profanan su talento no ménos que el autor y el poeta desviándose de una vocacion tan pura y tan

elevada. ¿Es acaso la impiedad el camino de la gloria? No: los Phidias y los Rafaeles no debieron su inmortalidad á obras impías.

Esto forma, se dirá, un ramo útil de comercio: es cierto, señores; no me entregaré yo á vanas é injustas declamaciones contra el comercio y la industria, ni negaré las ventajas que proporcionan; no se trata tampoco de convertir á los franceses en un pueblo de cenobitas, ni de imponer á este reino las leyes suntuarias de la antigua Lacedemonia. El mas grande, y al mismo tiempo el mas santo de nuestros reyes supo muy bien dar al comercio y á las artes toda la extension de que entónces eran susceptibles; y la historia atestigua que cuando era necesario era el principe mas magnífico de su tiempo. Pero sepamos tambien sobreponernos á consideraciones puramente materiales; no veamos en la sociedad civil una reunion de animales, cuyo instinto se limite á sus necesidades físicas; veamos mas bien en ella una reunion de seres racionales, que no solo se alimenta de un pan grosero, sino tambien del pan espiritual de la verdad: que el buey encuentre únicamente su patria en el pasto que le alimenta y engorda, es una cosa natural; pero en cuanto á mí, no solamente es mi patria el suelo que piso, sino

que lo es tambien mi religion y mi rey, nuestras leyes, nuestras instituciones, nuestras costumbres nacionales, nuestros usos, nuestros antepasados y sus honrosos recuerdos; y he aquí la razon porque si debemos no prescindir de lo que en cierto modo hace la vida animal del cuerpo social, debemos tambien mirar con mucho mayor interes lo que constituye la vida moral é intelectual, y por consiguiente precaverlos contra las doctrinas que la corrompen y la arruinan.

Aun iré mas adelante, y no temeré decir que la religion es lo que mas interesa al comercio. El comercio prospera por aquella probidad que prohíbe las ganancias ilícitas, los fraudes y la falta de cumplimiento en los contratos; prospera por aquella moderacion que no permite buscar la fortuna por caminos escabrosos, señalados frecuentemente con caidas desastrosas no solamente para el especulador temerario, sino tambien para una multitud de familias cuyos intereses estan mezclados con los suyos; prospera por aquella prudente economía que no permite disipar en un dia en los caprichos de un lujo ruinoso el trabajo de muchos años, y que precave de este modo muchas catástrofes; y en fin prospera por aquella buena fe pública

que inspira confianza, é inclina aun á los mas prudentes á hacer especulaciones para lo futuro. ¿Y no es la religion la garantía mas firme de esta probidad, de esta moderacion, de esta economía y de esta buena fe? ¿Qué pensaríamos de un hombre que para conservarse en un estado de vigor y de salud cargase su cuerpo de vestidos magníficos y su cabeza de diamantes, y no temiese tragar una bebida envenenada, que tarde ó temprano debiese hacerle espirar en medio de las mas horribles convulsiones? He aquí la imágen de un pueblo que deslumbrado por el brillo de las artes y de los productos de la industria mire con indiferencia la circulacion de doctrinas impías, que destruyen insensiblemente las costumbres y las leyes, y causan por último un trastorno universal.

Acaso se me dirá que esto es ser mas severo que la ley, y que yo puedo muy bien tolerar lo que ella tolera. No me pertenece ciertamente trazar á los gobiernos el camino que deben seguir para atajar el progreso de doctrinas cuyo triunfo ocasionaria inevitablemente la ruina de su autoridad; pero como defensor de la moral cristiana me corresponde decir lo que ella permite y lo que prohíbe: he aprendido tambien

de San Pablo que el supremo Juez condena no solamente á los que hacen el mal, sino tambien á los que le aprueban; ¿y puede aprobarse de un modo mas manifesto que procurando propagarle? ¿Y quién tampoco ignora que en todos los pueblos han existido desórdenes y vicios que no porque hayan sido tolerados por las leyes dejan de estar reprobados por la sana razon? ¿Dejan de ser cosas vergonzosas y condenables la ingratitud y la avaricia porque la ley no señale penas contra ellas? ¿Es acaso inocente el libertinage porque no sea un crimen de que entiendan nuestros tribunales; ó se deberán aprobar en las representaciones teatrales las obscenidades que pueden afearlas bajo del pretexto de que la ley tolera los teatros?

Hay personas á quienes admira y casi causa indignacion el celo de los moralistas contra los malos libros; pero ved cuanta es en esto su inconsecuencia y ligereza. Cuando una enfermedad contagiosa amenaza nuestras provincias, ¿qué de precauciones no se toman para preservarlas de ella! ¿Qué espantosa severidad para hacer ejecutar las medidas adoptadas! Se quisiera, si posible fuese, oponerle barreras insuperables, y todo esto se mira como efecto de un amor ilustrado á la humanidad, y como par-

te de la solicitud de un gobierno paternal: nada en efecto se omite en favor del cuerpo; pero ¿qué hacemos en beneficio de las almas? Léjos de causarnos espanto esa peste moral que las inficiona, y que altera ó destruye los principios de la vida social, esa circulacion de folletos apestados y de libros impíos, la miramos casi con indiferencia, y no tememos que impregnado el cuerpo social de todos esos venenos, y despues de haber agotado en movimientos convulsivos el poco vigor que puede quedarle, se consuma lentamente, y venga por último á disolverse.

Padres y madres de familia, maestros de la niñez, vosotros todos á quienes la divina Providencia ha confiado el cuidado de la primera edad, temed las resultas de vuestro descuido, temed haceros cómplices de la impiedad. Arancaríais de entre las manos de la juventud la copa envenenada que podria darle la muerte, y dejais á su vista libros que pueden corromper su razon y su corazon, formando así hijos desnaturalizados para desgracia de las familias, y malos ciudadanos para desgracia del estado; y conservais cuidadosamente esas obras apestadas, veneno hereditario que por culpa vuestra pasará de generacion en generacion, poniéndoos con seme-

jante conducta en el número de los culpables propagadores de la impiedad!

Paso á la tercera cuestion: ¿qué deberémos pensar de los lectores de libros contra la religion?

Pasaron ya aquellos dias en que la fe era muy comun, y rarísima la impiedad; aquellos dias en que el frances se espantaba de una blasfemia como de una palabra siniestra; en que los escritos irreligiosos circulaban clandestinamente y en la oscuridad, y en que dóciles los cristianos á la voz de sus pastores respetaban sus prohibiciones; desapareció ya aquella docilidad para ser reemplazada por una curiosidad soberbia, y la juventud en particular se indigna de que se quiera poner un freno, aunque legítimo, á la intemperancia de sus deseos. ¿Y qué pretextos son los que alegan los lectores de estos libros? Unos dicen que ellos no son impíos ni tratan de serlo, y pretenden que su fe es bastante firme para que no la haga vacilar semejante lectura: ¡excusa llena de temeridad! Otros ocultándose á sí mismos las disposiciones secretas de su corazon, pretenden no llevar otro objeto que el de ilustrarse é instruirse para decidir con conocimiento de causa entre el cristianismo y la incredulidad: ¡excusa llena de ilusion! Los